

«Concordia» y «paz» en Aurelio Prudencio

José Luis MORENO

1. *Introducción*

Uno de los fenómenos más apasionantes del cristianismo primitivo es su capacidad de enraizamiento en las culturas por las que se fue difundiendo. Es lo que modernamente se ha llamado «inculturación». Hubo unos procesos connaturales de asimilación de aquellos valores culturales y morales del entorno que estaban en consonancia con el Evangelio y que, por tanto, permitían que las categorías cristianas fueran trasvasadas en ellos.

Entre estos valores culturales del Imperio Romano cabe destacar el concepto y el ideal de la «concordia» y su sinónimo la «paz». La sintonía de los cristianos con este valor es generalizada. Conectaba fácilmente con puntos tan centrales del Evangelio como la bienaventuranza de los pacíficos (Mt 5,9), la proclamación de Cristo como evangelizador de la paz y la paz misma (Hech 10,36; Ef 2,14-17) y el ideal de la comunidad de los creyentes como «un solo corazón y una sola alma» (Hech 4,32).

Aunque la palabra «*homonoia*» no aparezca en el Nuevo Testamento ni tampoco su traducción «*concordia*» en la versión Vulgata, sin embargo su contenido está presente en los valores claves cristianos de la unidad y el amor fraterno (Jn 15,12-17; 17,21-23; 1Cor 13,1-13; 1Jn 4,7-21), el modelo de Iglesia como Cuerpo Místico (Rom 12,4-5; 1Cor 12,12-27) y la exhortación moral de la predicación apostólica a tener «un mismo pensar, un mismo amor, una misma alma y unos mismos sentimientos» (Fil 2,2). El mérito de los escritores cristianos posteriores consistió en expresar esos valores en una categoría cultural extendida entre los romanos, como era la «concordia». Clemente Romano, Ignacio de Antioquía, Hermas y posteriormente

Cipriano, entre otros, son testigos de ello¹. Hay algunos estudios sobre el tema con referencias a la primitiva literatura cristiana de modo genérico y más específicamente respecto a algunos escritores como Agustín y Tertuliano².

Nuestra investigación se va a centrar en el poeta de Calahorra, de finales del siglo IV y principios del V, Aurelio Prudencio. Creemos que para este tema es un autor privilegiado. Primero, porque su trayectoria biográfica lo hace ser muy sensible a la cultura ambiente del Imperio romano y a captar lo que constituían «signos de los tiempos» para el Evangelio: es un seglar, que ejerció de joven la abogacía y después el cargo de prefecto en importantes ciudades probablemente de la Tarraconense, acabando su carrera en la corte del Emperador; en sus poemas, que los escribe ya jubilado, muestra tanto una incommovible y acendrada fe cristiana como una profunda experiencia y conocimiento práctico del ambiente civil. Por otra parte vivió en un momento histórico bueno para simpatizar con el tema de la «concordia»: la Iglesia convive en armonía con el Imperio, el cristianismo se acaba de convertir en religión oficial protegida por Teodosio (a. 391), y todavía la paz del Imperio no ha sido gravemente quebrantada por las invasiones de los bárbaros. Prudencio considera la concordia como un ideal vivido y experimentado.

Aunque en varios pasajes de la obra prudenciana hay empleo de vocabulario relacionado con «concordia» y «pax», son solamente dos los lugares donde desarrolla el tema: El primero es *Contra Symmachum* (S) 2,589-772, donde se aplica a la paz pública y social del Imperio romano, interpretándola desde la fe cristiana. El segundo es *Psychomachia* (Ps) 644-825, donde se centra en la paz del alma tras su lucha contra el pecado. Estos dos aspectos nos marcan las dos partes en que dividimos la exposición.

1. Cfr. Clemente de Roma: *1 Clem.* 20; 21; 49; etc.: vid. *infra* nota 38; Ignacio de Antioquía: *Ad Eph.* 7; 13; *Ad Magn.* 6; Hermas, *Pastor*, Mand. 8,9; Comp. 1,9,15; Cipriano, *De uni.* 6; *De orat.* 8; 23; etc. Vid. otros textos en H. PÉTRÉ, *Étude sur le vocabulaire latin de la charité chrétienne*, Löwen 1948, p. 316-317.

2. Vid. en general: E. SKARD, *Zwei religiös-politische Begriffe: Euergetes. Concordia*, Oslo 1932; H. KOCH, *Pax Romana-Pax Christiana*, en «Festsch. Jens Norengaard», 1947, p. 112-130; H. PETRÉ, *op. cit.* en nota 1, esp. p. 294-319. Sobre San Agustín: H. RONDET, *Pax, tranquillitas ordinis*, en «La Ciudad de Dios» 167/2 (1954) 343-365; ÁLVAREZ TURIENZO, *San Agustín sobre la concordia*, en «Concordia» 2 (1982) 21-38. Sobre Tertuliano: I. ROCA MELIA, *Significado clásico y cristiano de «pax» en Tertuliano*, en «Homenatge a J. Esteve Forriol» (Valencia 1990) p. 141-150.

2. La «concordia» del Imperio Romano

Para comprender el texto del *Contra Symmachum* hay que situarlo en el contexto general del libro. Se trata de una obra polémica escrita el año 403, durante el viaje del poeta hispano a Roma, en contra del afamado orador latino Quinto Aurelio Símaco. Este había presentado al emperador Honorio una relación para que se restableciera el culto pagano y se volviera a entronizar el ara de la diosa Victoria en el Senado. El ara permanecía retirada desde el año 382 por orden de Graciano, a instancias de San Ambrosio de Milán. Símaco ya había reclamado a Valentiniano II la devolución del ara en el 384, pero sin éxito, ya que había encontrado un opositor contundente y amigo del Emperador, San Ambrosio, que argumentó en contra³. En el 403 insiste de nuevo Símaco con la misma pretensión y similares razonamientos, aprovechando quizá la debilidad de carácter de Honorio y la falta de San Ambrosio, que había muerto en el 397. Esta vez el opositor fue Aurelio Prudencio, el cual escribió los dos libros contra Símaco en contra de la restauración del culto pagano.

Símaco argumentaba que había que dar culto a la diosa Victoria, puesto que a ella se debían las victorias de Roma⁴. Pero la tesis del poeta cristiano es que la causa de las victorias de Roma está en el valor de los soldados y en el Dios Todopoderoso⁵. Y esta sana desmitologización es ampliada hasta afirmar que el valor de los soldados no hay que atribuírselo a ninguno de los dioses o diosas paganos, sino que la causa está en la Pro-

3. Cfr. Las cartas 17 y 18 de San Ambrosio dirigidas a Valentiniano (PL 16, col. 1001-1023). Sobre la polémica del altar de la Victoria, vid. G. L. RAPISARDA, *La personalità di Ambrogio nelle Epistole XVII e XVIII*, en «Orpheus» 20 (1973) 5-143; P. SINISCALCO, *Il cammino di Cristo nell'Impero romano*, Roma 1983, 213-216.

4. El razonamiento de Símaco suena así en los versos de Prudencio: «Oh varones ilustres, si acogéis de corazón la victoria ya ganada o la que está por ganarse, que la diosa virgen recobre, ahora que reináis vosotros, su templo dedicado. ¿Habrá algún amigo de vuestros enemigos que diga no deba ella recibir piadoso culto en vuestro Imperio, al que siempre favorece y colma de dicha?» (S 2,12-16).

5. «La victoria feliz la dispensan el esfuerzo infatigable, el rudo valor, la alta audacia, el ardor, la impetuosidad, el afán y la dura fortaleza en el manejo de las armas. (...) ¿Buscas la señora que da las victorias? La mano es de cada uno y el Dios Todopoderoso, no una mujer de peinada cabellera, que se alza en equilibrio sobre su pie desnudo, con ceñidor al talle, mientras el velo que cubre sus túrgidos pechos baja ondulante a su regazo» (S 2,23-38).

videncia divina que guía la historia y de ese modo ha preparado un imperio en paz y concordia donde pudiera ser acogido Cristo:

«¿Quieres que te diga, romano, qué causa levantó tus esfuerzos a tanto honor, con qué apoyo tu acrecida gloria cobró tan alta fama, que rige al mundo imponiéndole sus riendas? Queriendo Dios asociar a pueblos discordantes (discordes) en la lengua y a reinos diferentes en la cultura, determinó someter a un solo imperio lo que hubiera de civilizado en sus costumbres y hacerles llevar unos lazos suaves bajo el yugo de la concordia (concordi iugo), para que así el amor de la religión poseyera los corazones unidos (corda coniuncta) de los hombres. Porque no hay unión digna de Cristo si un único espíritu no liga las naciones asociadas. Sólo la concordia conoce a Dios; ella es la única que en su tranquilidad adora debidamente al Padre benigno. El acuerdo dulcísimo de los pactos humanos hace a Dios propicio al mundo; por el contrario, huye de la sedición y le irritan las armas crueles, mientras que le satisface la ofrenda de la paz y la piedad sosegada mantiene su presencia»⁶.

En este texto central de la tesis de Prudencio se insinúan varios aspectos sobre el alcance y significado de la concordia y paz romanas, que analizamos con la ayuda de otros textos complementarios.

a) *El alcance y contenido de la «concordia» del Imperio*

Aurelio Prudencio, como ciudadano romano bien integrado, está convencido de que el Imperio romano es beneficioso a la humanidad. Y particularmente juzga positivo el hecho de la unidad. Esa unidad no es natural sino creada por el poder de Roma, fruto de los pactos establecidos tras las victorias, es decir, obligada, pero con lazos suaves, en opinión del poeta⁷. Se trata de la concordia que viene después de la guerra. Para el pueblo romano, que había ido haciendo su historia entre guerras civiles y guerras con los pueblos vecinos, la «concordia» era un ideal y aspiración constante. De ahí que en cada periodo de paz los vencedores se apresuraran a erigir en el Capitolio altares a la diosa «concordia» y acuñar monedas con

6. S 2,583-597.

7. Prudencio une literariamente concordia, yugo y riendas: «*concordique iugo retinacula mollia ferre*» (S 2,589), en una expresión que evoca la de Virgilio: «*frena iugo concordia ferre*» (Aen. 3. 542). Sin duda el calagurritano imita al de Padua al hablar del destino glorioso de Roma de someter a los pueblos a la unidad de su imperio: cfr. S. DÖPP, *Vergilische Elemente in Prudentius' «Contra Symmachum»*, en «Hermes» 116 (1988) 339.

la mención de la «concordia», que servían de propaganda de la paz lograda y fomento de la estabilidad ciudadana: así la primera concordia establecida entre patricios y plebeyos o las posteriores entre el senado y las clases militares o en general entre las distintas clases sociales («concordia ordinum») ⁸; o la de Pompeyo y el senado, la de los triunviros, la de los soldados de César y la de las Provincias del Imperio ⁹. La concordia, por tanto, significa primariamente el pacto por el que se finaliza una contienda o una disensión.

Pero en el texto de Prudencio significa algo más: es la situación favorable que se crea en una sociedad en tiempos de paz y estabilidad, juntamente con las ventajas de la comunicación e interrelación que proporciona la unidad social. Concretamente, la concordia de que disfruta el Imperio Romano supone:

— Una *lengua común* para poder entenderse pueblos que hablaban lenguas distintas.

— Una *cultura y costumbres comunes*, donde se integran los elementos asimilables de las diversas culturas ¹⁰.

— Una *legislación común* e igualdad de derechos, que logra crear lazos de fraternidad ¹¹.

— *Intercambio comercial*, de producción y artístico.

— *Mezcla de razas* y de sangre por el derecho al matrimonio con extranjeros ¹².

8. Cfr. A. VICIANO, *Dos visiones de la Historia en la Antigüedad: Tito Livio y Agustín de Hipona*, en «La Ciudad de Dios» 203 (1990) 583-592.

9. Cfr. M. AMIT, *Concordia. Idéal politique et instrument de propagande*, en «Jura» 13 (1962) 133-169, que investiga particularmente la dedicación de aras y las monedas con la palabra «concordia».

10. «En toda suerte de regiones se vive igual que si la misma ciudad paterna encerrara en unas solas murallas a ciudadanos de la misma sangre y todos nos reuniésemos en el hogar de los abuelos» (S 2,610-613).

11. «Para frenar la locura de la guerra enseñó Dios a las naciones venidas de todas partes a inclinar su cabeza bajo las mismas leyes y a que se hiciesen romanos aquellos a quienes baña el Rin y el Danubio, el aurífero Tajo y el caudaloso Ebro; aquellos por cuyas tierras se desliza el cornífero río de las Hespérides, los que nutre el Ganges y los que se lavan en las siete desembocaduras del templado Nilo. Una ley común los hizo iguales y unió bajo el mismo nombre y, dominados, los ató en fraternos lazos» (S 2,602-609).

12. «Regiones separadas por países y litorales divididos por el mar se unen, ora por obligación de comparecer en juicio ante un mismo y común tribunal, ora por el comercio y las artes en medio de populoso mercado, ora por el lecho nupcial a ejercer el derecho a casarse

Esta visión totalmente optimista de la unidad del Imperio corresponde a la idealización de la concordia como aspiración política, que los ciudadanos romanos vivían como dato perteneciente a la cultura ambiente. Ese dato cultural tenía raíces lejanas que hay que buscar ya en Pitágoras y Platón, con su ideal de la armonía del uno frente a la dispersión de lo múltiple; la «*homonoia*» acompañada de la justicia es el ideal constante del pensamiento político griego. Ello se reforzará con las ideas estoicas de la «simpatía universal» y del cosmopolitismo, hasta concebir el Imperio como un organismo vivo que se mantiene todo unido por una fuerza cuasi mecánica que es la «concordia»¹³.

Prudencio, como cualquier ciudadano romano, asiente con la sabia y experimentada máxima de Agripa aplicable tanto a la vida cotidiana como a las tareas de Estado: «*Concordia parvae res crescunt, discordia maximae dilabuntur*»¹⁴.

b) *El significado cristiano de la «concordia» del Imperio*

Pero más allá de esta visión, nuestro poeta cristiano descubre el significado religioso de la «concordia» romana y el sentido profundo de los acontecimientos que han llevado a ella, desde una interpretación creyente de la historia. Las victorias de Roma han conducido a la unidad del Imperio; y esa unidad y concordia se han producido para que los corazones pudieran acoger la fe cristiana, porque la concordia es la condición para poder dar culto al verdadero Dios. Reitera Prudencio esta su convicción en los versos siguientes:

«Para Cristo, que ya entonces llegaba, créelo, fue preparado el camino que por largo tiempo construyó la amistad pública de nuestra paz bajo la dirección de Roma. Pues ¿qué lugar podría haber para Dios en un mundo feroz y en los corazones discordes de hombres que con intereses encontrados defienden sus derechos, como ocurría en otro tiempo? Los sentimientos así descompuestos en el pecho humano y las desgarradas facciones del corazón, turbada la concordia, ni los visita la Sabiduría pura ni entra Dios en ellos. (...) ¡Ven ahora, Omnipotente, desciende a la tierra en concordia!

con un extranjero; pues, entremezclada la sangre, se trenza, de naciones diferentes, una sola descendencia» (S 2,613-618).

13. Cfr. P. JAL, «*Pax civilis*»-«*Concordia*», en «*Révue des Études Latines*» 39 (1961) 210-231.

14. Cfr. SÉNECA, *Ep.* 94,46.

Cristo, ya te recibe el mundo, al que la paz y Roma mantienen en apretado lazo. A ambas ordenas que sean cabeza y cumbre del universo: Roma sin paz no halla favor en Ti, y que la paz te agrade lo consigue la excelencia de Roma, que ataja las diversas revueltas por su poder y las evita por su temor»¹⁵.

Lo primero que se resalta aquí, lo mismo que en los versos 593-597 transcritos más arriba, es la incompatibilidad existente entre Dios y la discordia o división: sólo se puede conocer y adorar a Dios si se está en paz y concordia; ni Dios ni su Sabiduría (Cristo) pueden poner su morada allí donde hay división, se trate de los pueblos o se trate del corazón de los hombres¹⁶. Esto pertenece a la más genuina doctrina bíblica en la que Prudencio está educado: no se puede presentar la ofrenda ante el altar si no se está reconciliado con el hermano (Cfr. Mt 5,23-24); si se ama al hermano, Dios permanece en nosotros, pero quien no ama no conoce a Dios (cfr. 1Jn 4,7-21); Cristo, que es nuestra paz, ha roto el muro de la enemistad entre los pueblos, unificándonos a todos (Cfr. Ef 2,14-17; Gal 3, 28).

Lo segundo es la afirmación de que Dios rige los destinos de la Historia y todo lo orienta hacia Cristo, para cumplir su proyecto de salvación. Para Prudencio no son sólo los acontecimientos del Antiguo Testamento los que están ocurriendo en previsión de la venida de Cristo. Son también los de la historia profana y en concreto la de Roma: más exactamente, el proceso que ha llevado a la concordia y a la amistosa paz pública, de que disfruta el Imperio romano, ha sido como un camino de preparación de la venida del Señor (*«Christo iam tunc venienti parata via est»*). Parecería que, en el sentir de nuestro poeta, Roma habría escuchado el mensaje de Juan el Bautista: *«Preparad el camino al Señor»* (cfr. Mt 3,3 y par.) y lo habría hecho realidad consiguiendo la paz del imperio. Para los alejandrinos Clemente, Orígenes y Eusebio de Cesarea la filosofía griega constituyó una verdadera «preparación evangélica». Para nuestro poeta latino de Calahorra, converti-

15. S 2,620-628. 634-640.

16. Los versos 629-633 hacen un paso del plano político al interior de la persona: «Pero si la parte más elevada del alma, haciéndose dueña del derecho a gobernar, frena los impulsos de la cólera belicosa y las rebeldes entrañas y sujeta todas las pasiones a la razón sola, la condición de la vida se hace estable y el pensamiento firme hospeda a Dios en el corazón y se somete a su único Señor». Esta dimensión interior de la concordia la estudiaremos más abajo.

do ahora en apologista, un laico con experiencia de vida política, la pacificación y la política de unidad de Roma ha sido también una verdadera preparación evangélica, para que los pueblos y los hombres estuvieran dispuestos a acoger la fe cristiana.

Ahora bien, esto no ha sido fruto del azar o mera conquista del esfuerzo de los romanos, sino resultado de la Providencia divina que ha guiado los pasos de Roma. El vocabulario prudenciano es significativo en este sentido; le aplica a Dios los siguientes verbos, que van marcando distintos momentos de su plan: «*volens*» (v. 587), «*constituit*» (590), «*docuit*» (603), «*parata via est*» (621), «*iubes*» (637)¹⁷. En resumen, el destino de Roma está orientado por Dios hacia Cristo, para que se haga cristiana, y el camino de la preparación evangélica ha sido la concordia. La idea no es original de Prudencio, porque a partir de Orígenes los apologistas hablan de este papel providencial de Roma¹⁸. Pero nuestro autor logra exponerla con fuerza excepcional y además en torno al valor cultural de la «concordia».

La conclusión de la tesis de Prudencio es que Roma tiene que rechazar el culto de otras divinidades y acoger solamente a Cristo. Tan sólo así será fiel a su destino:

*«Que sea Cristo el único que rija y preserve nuestros palacios, para que ningún demonio conozca por más tiempo los alcázares de Rómulo, sino que mi corte sirva al único Señor de la paz»*¹⁹.

El destino glorioso de Roma se confunde con su misión de paz; por eso el poeta ha dicho más arriba que ambas —Roma y la paz— son la ca-

17. Las mismas ideas se recogen en el Libro I Contra Símaco: «¡Felices ellos si hubieran conocido que todas sus prosperidades fueron ordenadas (*disposita*) por Cristo Dios, el Señor, que quiso (*voluit*) se sucedieran los reinos conforme a determinados planes, que aumentarían los triunfos de los romanos y el mismo darse al mundo en la plenitud de los tiempos» (S 1,287-290); cfr. también 427-429). Para un desarrollo más amplio de estos temas vid. J. PEDRAZ, *Filosofía de la historia del Imperio romano en los poemas de Prudencio*, en «Humanidades» 3 (1951) 22-40; J. FONTAINE, *La dernière épopée de la Rome chrétienne. Le Contre Symmaque de Prudence*, en «Vita Latina» 81 (1981) 3-14.

18. Cfr. M. LAVARENNE, *Psychomachie. Contra Symmaque*, Paris 1993, p. 101. Un autor de la época de Prudencio, como San Ambrosio, se expresa así: «Para que se abrieran espacios mayores a los Apóstoles, el poder romano en el momento del nacimiento de la Iglesia se extendió por todo el mundo y se impuso la paz a las partes en desacuerdo y a las regiones en conflicto. Viviendo todos los hombres bajo un solo imperio terreno han aprendido a reconocer en el lenguaje de la fe, el imperio de un solo Dios todopoderoso» (*En. ps.* 45,21).

19. S 2,766-768.

beza y cumbre del universo, por voluntad divina (cfr. v. 636). Ahora bien, la finalidad de esa paz romana es Cristo mismo, el Señor de la paz. El poeta Lucano, en el siglo I, había cantado en términos casi místicos un himno a la concordia: «¡Ven ahora, tú que abrazas todo con un lazo eterno, tú que eres la salvación de un mundo en armonía, oh Concordia y amor sagrado del Universo!»²⁰. El poeta Prudencio, evocando algunas de las expresiones de Lucano, canta de modo similar, pero no ya a la concordia, sino a Cristo, hacia quien la misma concordia, juntamente con Roma, se orienta²¹.

Si Roma sigue a Cristo, «proyectará su esperanza hasta la eternidad», «extenderá su reinado terreno más allá de los elevados astros del inmenso cielo» y alcanzará su máxima gloria, «porque la gloria de la patria es Cristo»²². De este modo Prudencio elabora una verdadera teología de la historia y, utilizando la categoría cultural de la «concordia», hace revivir y recupera en una perspectiva cristiana lo que era un dogma para sus contemporáneos del Imperio: la «Roma aeterna»²³.

3. La concordia y la paz cristiana

El segundo texto clave para el tema de la concordia es de la *Psychomachia*. Aun empleando expresiones e imágenes tomadas de la milicia, al describir las situaciones de guerra y de paz, sin embargo ya no se refiere a la paz pública o política, sino a la paz del cristiano. Y se entremezclan

20. *Farsalia*, 4,189-191: «Nunc ades, aeterno complectens omnia nexu, o rerum mixtique salus, Concordia, mundi et sacer orbis amor».

21. S 2,634-636: «En ades, omnipotens, concordibus influe terris! Iam mundus te, Christe, capit quem congrege nexu pax et Roma tenent». Obsérvese la coincidencia de palabras claves con los versos de Lucano: «ades», «nexu», además de la referencia al mundo y la concordia.

22. S 1,510 y 1,590; S 2,272.

23. Sobre el concepto del destino cristiano de Roma, vid. G. TORTI, «Patriae sua gloria Christus». *Aspetti della Romanità cristiana di Prudenzio*, en RIL 104 (1970) 337-368; y particularmente el documentado trabajo de R. CACITTI, «Subdita Christo servit Roma Deo». *Osservazioni sulla teologia politica di Prudenzio*, en «Aevum» 46 (1972) 403-435, que estudia la recuperación cristiana que desarrolla Prudencio del dogma de la «Roma aeterna». Sobre la idea de la «Roma aeterna» en la época pagana, vid. C. KOCH, *Roma aeterna*, en «Gymnasium» 59 (1952) 128-143, 196-209; sobre su pervivencia en autores cristianos, vid. F. PASCHOUD, *Roma aeterna*, Genève 1967.

tres niveles, que trataremos de definir: la paz en el interior del alma; la paz en la relación fraterna; la paz dentro de la comunidad creyente.

a) *La paz del alma*

Como se sabe, la *Psychomachia* es un poema épico-didáctico en el que Prudencio describe el combate que desarrollan en el interior del alma los vicios y las virtudes: entre la fe y la idolatría, la castidad y el placer, la paciencia y la ira, la humildad y la soberbia, la sobriedad y la lujuria, la caridad y la avaricia y finalmente la concordia y la discordia. Es la última secuencia la que interesa a nuestro tema: la concordia como resultado final después de la guerra, pero también como constantemente amenazada.

Prudencio, proponiendo como modelo a Abrahán, que derrotó con los trescientos dieciocho siervos nacidos en su casa a los reyes que tenían preso a Lot (Cfr. Gen 14,12ss), explica que el cristiano, reuniendo las fuerzas de su casa, que son las virtudes, puede vencer los vicios que tienen aprisionada al alma en el cuerpo. Hijo de su tiempo, el veterano cristiano de Calahorra piensa con un esquema de antropología platónica y valora el cuerpo de manera negativa²⁴. Pero es optimista en cuanto cree en la victoria porque sabe que en la lucha hay un buen jefe: Cristo, que no nos deja a nuestras solas fuerzas e iniciativas²⁵. Así que el resultado final es la victoria de las virtudes y la consiguiente paz del alma: «*huidos los enemigos, la Paz bienhechora pone fin a la guerra*» y «*la Concordia feliz da la señal de que*

24. Como ejemplo baste este texto: «Hierven las guerras horrendas, hierven en la prisión de nuestros huesos. Brama también de furor con encarnizadas armas la no simple naturaleza del hombre, pues el cuerpo, formado de barro, oprime al alma; ella, por el contrario, salida del aliento sereno de Dios, se revuelve ardorosa en la cárcel del negro corazón y entre sus estrechos lazos no quiere aceptar el inmundo deshonor del cuerpo» (Ps 902-907). Para una visión más completa del pensamiento de Prudencio sobre el cuerpo y el alma, vid. J. PASCUAL TORRO, *Antropología de Aurelio Prudencio*, Roma 1976, esp. p. 20-53, aunque no estudia la relación entre ambos en el compuesto humano.

25. «Tú, Guía bueno, no abandonaste a los cristianos, pobres de grandes virtudes y necesitados de fuerzas, al arbitrio de los vicios devastadores. Tú mismo ordenas pelear a escuadrones salvadores en el cuerpo asediado, Tú mismo armas el espíritu con facultades insignes, con las que, poderoso para resistir a los engaños del corazón, en tu nombre combata y en tu nombre obtenga la victoria» (Ps 11-20).

26. Cfr. Ps 633; 644-649.

vuelvan al campo las águilas victoriosas y se acojan en sus tiendas», mientras ella, como capitana, conduce en doble columna a la infantería y a la caballería²⁶.

Dicha paz es la armonía interior, que Prudencio describe según la psicología estoica: la parte superior del alma, la razón, es la que debe gobernar el complejo interior humano, frenando y controlando las pasiones y dominando los vicios. Por eso, la razón se llama «rectora», «*hegemonikón*»²⁷.

O profundizando más en el sentido cristiano de la armonía interior: quien de verdad rige y gobierna el interior del hombre apaciguado es la Sabiduría de Dios, Cristo mismo que viene al corazón del hombre como a su templo. Este es un tema querido de Prudencio: tras la lucha ascética sigue la inhabitación de Dios en el alma en paz. Es lo que le ocurre a Abrahán que, tras vencer a los reyes, recibe al sacerdote Melquisedec, figura de Cristo, y a los tres ángeles que hospeda en su choza, figura de la Trinidad que inhabita en la choza del corazón puro²⁸. Es lo que hace Salomón, el pacífico heredero de un reino belicoso, que construyó el templo de Jerusalén, para que pudiera habitar el Dios pacífico: a lo mismo es invitada el alma que ha dominado los vicios²⁹.

La concordia, juntamente con la fe, es quien establece las medidas y los cimientos del Templo, colocando en la cámara interior el trono de la Sabiduría: «Sobre este trono se asienta la poderosa Sabiduría y desde esta excelsa corte regula todo el gobierno de su reino y para salvaguarda del hombre reforma las leyes en el fondo de su corazón»³⁰. De ese modo, Prudencio, sin negar el tema es-

27. «Los sentimientos descompuestos en el pecho humano y las desgarradas facciones del corazón, turbada su concordia, no los visita la Sabiduría pura, ni entra en ellos Dios. Pero si la parte más elevada del alma (*mentis apex*), haciéndose dueña del derecho a gobernar, frena los impulsos de la cólera belicosa y las rebeldes entrañas y sujeta todas las pasiones a la razón sola, la condición de la vida se hace estable y el pensamiento firme acoge en el corazón a Dios y se somete a sólo su Señor» (S, 2, 626-633). Sobre las ideas estoicas de la razón reguladora de la vida moral y el concepto del «*hegemonikón*», vid. por ejemplo: E. ELORDUY, *El Estoicismo*, Madrid 1972, vol. I, p. 110-116; II, p. 133-138.

28. Cfr. Ps 59-63.

29. «Que se alce también un templo venerable en medio de nuestros campamentos, cuyo *sancta sanctorum* vuelva a ver el Todopoderoso! Pues ¿qué aprovecha el haber abatido con la espada los terrenos batallones de los vicios, si el Hijo del Hombre, bajado del alcázar del cielo, entra en la ciudad del cuerpo purificado y la encuentra sin adorno, El a quien le corresponde un templo esplendoroso?» (Ps 814-819).

30. Ps 875-877.

toico de la razón como «*hegemonikón*» del hombre, lo profundiza afirmando que la reina suprema del interior del cristiano no es la razón humana, sino la Razón divina, la Sabiduría de Dios, Cristo que gobierna con el cetro de su cruz, el madero florecido como la vara de Aarón³¹. El alma pacificada es el mejor templo para Dios³².

Más aún, el hombre en armonía interior tiene tal valor que se puede comparar con la unión que se da en Cristo entre sus dos naturalezas:

*«Lo mismo que entre el hombre y Dios está como mediador Jesús, que asocia al Padre la naturaleza mortal, para que la carne no se aleje del Espíritu eterno y sean ambas realidades un mismo Dios, así cuanto hacemos por intervención del alma y del cuerpo, lo una un mismo espíritu en trabazón uniforme»*³³.

En una intuición atrevida nuestro poeta ha descubierto que la unión interior del hombre que ha dominado los vicios es un signo de la unión «hipostática» que se da en Cristo. Evidentemente no emplea esta expresión, que todavía no había entrado en el patrimonio teológico, pero se orienta bien poniendo a la divinidad como el elemento hegemónico, a pesar de que su formulación sobre el misterio de Cristo sea todavía balbuceante³⁴. La dimensión cristológica es un argumento más para descubrir el valor de la paz interior y para urgir su mantenimiento.

A esa paz del alma conseguida tras la lucha ascética y el dominio de los vicios, le dedica el poeta de Calahorra uno de los más bellos cantos salidos de su pluma:

*«La Paz es la obra perfecta de la virtud; la Paz es cumbre final de los trabajos; la Paz, el premio de la guerra pasada y el premio del peligro; en la Paz viven pujantes las estrellas; por la Paz subsiste todo en esta tierra. Nada sin la Paz es agradable a Dios»*³⁵.

31. Cfr. nuestro trabajo: *Figuras de la cruz en el Antiguo Testamento, según Aurelio Prudencio* en G. ARANDA (ed.), *Biblia, Exégesis y Cultura. Estudios en honor del Profesor José María Casciaro*, Pamplona 1994, 497-510.

32. Cfr. otros textos donde se habla del templo del alma, en el que entre otras ofrendas se ofrece «el sosiego de la paz»: P 10,357; S 2,250.

33. Ps 764-768.

34. Sobre las formulaciones cristológicas de Prudencio, vid. L. PADOVESE, *La cristologia di Aurelio Clemente Prudenzio*, Roma 1980, esp. p. 91-116.

35. Ps 769-772.

Una vez más la fe y la moral cristianas se inculturaron en ideas estoicas: el microcosmos, que es el hombre, lo mismo que el macrocosmos, se mantienen en la estabilidad de la paz³⁶. Pero esa paz no sólo es condición de subsistencia de toda la realidad, sino que para el cristiano tiene, además, un sentido religioso: es también la condición para poder establecer la relación con Dios; y ello tanto en la dimensión de la paz del alma, de que hemos hablado, como en el de la paz fraterna que trataremos a continuación.

b) *La paz de la fraternidad cristiana*

El himno a la paz, que introduce Prudencio para cantar la paz del alma, continúa en la segunda parte elogiando la paz en las relaciones interpersonales:

«Nada sin la Paz es agradable a Dios. Cuando desees presentar una ofrenda ante el altar, Dios no la aprueba si tu alma, turbia de irritación, detesta a tu hermano en el fondo de tu corazón agitado; y si, como mártir que confiesa el nombre de Cristo, te lanzaras al fuego de encendida cabellera, pero conservando el odioso deseo de tu envidiosa bilis, de nada servirá haber sacrificado a Jesús tu preciosa vida, porque la Paz es la clave del mérito. La Paz no se hincha de orgullo, no tiene envidia ni celos del hermano, todo lo sufre con paciencia, todo lo cree, nunca se duele cuando es herida, perdona todas las ofensas, se apresura por adelantarse con su perdón al ocaso del día, temerosa de que el sol se vaya dejándole todavía con la ira que le ha visto. Todo el que quiera inmolar a Dios holocaustos perfectos, ofrézcale ante todo la Paz. No hay víctima más agradable a Cristo; por este solo sacrificio se deleita El en casto perfume volviendo sus ojos a los altares santos»³⁷.

Así como en la primera parte del himno las expresiones evocaban el vocabulario y las ideas filosóficas de la época, en esta segunda parte resuenan las palabras y los conceptos del Nuevo Testamento: el mandato del sermón del monte de reconciliarse con el hermano antes de presentar la ofrenda (cfr. Mt 5,23-24) y de perdonar las ofensas (cfr. Mt 6,14-15); la exhortación apostólica de desechar toda ira antes de la puesta del sol (cfr.

36. La idea estoica de la paz y concordia cósmica ya había sido utilizada por Clemente Romano como argumento para la exhortación a la concordia en la comunidad cristiana (Cfr. *1 Clem.* 20-21); sobre sus influencias estoicas, vid. G. BARDY, *Expressions stoïciennes dans la I^a Clementis*, en RSR 13 (1922) 73-85.

37. Ps 772-787.

Ef 4,26); y sobre todo el himno paulino de la caridad fraterna (1Cor 13, 1-7), de donde están recogidas todas las demás ideas y aun las palabras.

Lo que Pablo llama «*agapé*» y la Vulgata traduce por «*caritas*», Prudencio lo identifica con «*pax*»³⁸. Nuestro autor no emplea nunca en su obra la palabra «*caritas*»; tampoco hace uso de la palabra «*dilectio*» ni de la palabra «*amor*» para referirse al amor fraterno, palabra que emplea en contextos referidos al deseo, al afecto y a la sexualidad. Para definir la relación fraternal entre los cristianos toma del lenguaje corriente unas palabras inteligibles e inequívocas: «*pax*» y su sinónima «*concordia*», pero llenándola del contenido específicamente evangélico del perdón de las ofensas. Es una manera de expresar la originalidad de la «*agapé*» cristiana, que en el lenguaje de los primeros escritores cristianos latinos encontró diversidad de traducciones³⁹.

No es de este lugar presentar las cualidades que, según Prudencio, debe tener la relación fraterna. Basta para el objetivo de este trabajo que esa relación se identifica con la «paz». El famoso himno paulino a la caridad ha sido fuente de inspiración para este bello himno a la paz de nuestro poeta de Calahorra.

Y por último interesa anotar la dimensión cristológica: la paz y la concordia se convierten en el mejor sacrificio hecho a Cristo. La concordia ya no es sólo una virtud de relación interpersonal, ni tan sólo una característica de la fraternidad cristiana; es la ofrenda en la que Cristo se deleita: así la paz alcanza su plenitud religiosa y sagrada.

c) *La concordia de la fe y la discordia de la herejía*

En la *Psychomachia* el último combate que se describe es entre la concordia y la discordia, o con más exactitud, el ataque que la discordia hace

38. Es muy probable que Prudencio, al escribir este himno a la paz con expresiones de 1Cor 13, tenga también presente el himno a la caridad de S. Clemente Romano (1Clem. 49), que también utiliza el vocabulario paulino, pero además introduce términos similares a los que vemos en Prudencio: «sin caridad (cfr. paz en Prudencio) nada es agradable a Dios»; «la caridad lo hace todo en concordia». Por lo demás la conexión entre la caridad y la paz se puede encontrar en autores coetáneos, por ejemplo San Ambrosio: «*Amate vos invicem. Nihil caritate dulcius, nihil pace gratius*» (De off. II,30,155).

39. Los primeros documentos cristianos escritos en latín tradujeron la «*agapé*» por «*dilectio*» y por «*caritas*»; sólo a finales del siglo IV comienza a introducirse «*amor*» en autores como Ambrosio, Jerónimo, Rufino y sobre todo Agustín: Cfr. H. PÉTRÉ, *op. cit.* en nota 1, p. 79-81. Sin embargo Prudencio prefiere emplear «*pax*».

a la concordia y la defensa que ésta recibe de la fe y el resto de las virtudes, aniquilando a la discordia.

Prudencio, como hombre dedicado a la política, conoce por experiencia lo que ocurre en la guerra y en la paz. Por ello continúa exponiendo en su alegoría que, después de establecida la paz del alma por la derrota de los vicios, existe el peligro de la guerra civil y de las facciones internas⁴⁰. Lógicamente la que rompe esa paz interna recibe el nombre de discordia. Ella, fingiéndose aliada, clava su puñal en el costado de la concordia, hiriéndola, pero sin lograr matarla⁴¹. La discordia, en la que quiere hacer particular hincapié el curtido cristiano de Calahorra, es la herejía. En efecto, desenmascarada y acorralada por la legión de las virtudes, confiesa su identidad:

«Me llamo Discordia, por sobrenombre Herejía; mi dios es cambiante, ora menor, ora mayor, a veces doble y a veces uno; cuando me place es aéreo o mera aparición fantástica; o es el alma innata, cuando quiero burlarme de la divinidad. Mi maestro es Belial, mi casa y mi país el mundo»⁴².

Prudencio es muy sensible al mal que supone la división intraeclesial que produce la herejía. A él le ha tocado vivir en un tiempo en que la Iglesia está pacificada de adversarios exteriores, conseguida la libertad y el reconocimiento público; pero, como a buen estratega, le preocupa ahora la división interna de las herejías:

«Guardaos, oh hombres, de que no haya en nuestros sentimientos un pensamiento discordante (sententia discors), que no surja una facción extranjera (secta exotica)

40. «En largo combate fueron aniquilados los bárbaros salvajes que habían cercado a los habitantes de la ciudad santa y con hierro y fuego acosaban a sus héroes. Pero la tranquilidad pública se reafirma en la amistad de la vida privada en el campo y en la ciudad. La división doméstica turba el bienestar público y es externamente inseguro lo que en el interior se halla desunido» (Ps 752-757).

41. «En el momento en que la Concordia, en medio de sus cerrados batallones y rodeada de su escolta, pone ya su pie dentro de las seguras murallas, recibe en su costado izquierdo una traidora puñalada que le asesta un vicio agazapado. (...) Pues, batida la tropa de las culpas, la Discordia se había mezclado con nuestros batallones fingiendo la apariencia de aliada. (...) Pero esconde el puñal debajo de la túnica y contra ti, Virtud suprema, contra ti sola entre tan gran número se dirige con traición funesta. Mas no le fue posible perforar los órganos vitales de tu sagrado cuerpo, sino que hiriendo la epidermis, sólo en la superficie trazó un leve arroyuelo de sangre» (Ps 670-693).

42. Ps 709-714.

inventada por los odios ocultos, porque una voluntad dividida (fissa voluntas) llena de confusión el fondo del alma, engendrando dos partidos (biformia) en las entrañas versátiles. Una el amor (coniungat amor) todo lo que sabemos; todo lo que vivimos respire (conspiret) en un único deseo»⁴³.

La herejía, por tanto, rompe la unidad intraeclesial creada por la fe y afecta tanto al pensamiento y a la formulación doctrinal de la verdad, como a la voluntad y a la vida misma. Pero está caracterizada, además, por actuar de una manera oculta y disimulada, con apariencia de bien: es venenosa serpiente alada que finge ser paloma pacífica; es lobo sangriento con piel de blanca oveja⁴⁴.

En este pasaje alude concretamente a dos herejes: «Bajo este ardid se ocultan Fotino y Arrio, lobos fieros y salvajes» (Ps 794-795). En otro lugar menciona también como perturbador de la paz eclesial a Marción, cuyo símbolo y figura es Caín⁴⁵. Es decir, Prudencio está al tanto de las controversias teológicas de su tiempo, como son: el subordinacionismo de Arrio condenado en Nicea el 325, pero que pervive bajo formas diversas a finales del siglo IV; el monarquianismo de Fotino condenado en Sirmio el 351; y el dualismo de Marción, del que se ha tenido que defender la Iglesia en los siglos II y III.

Tan sensible es el cristiano Prudencio al daño de las herejías, que dedica una de sus obras a combatir las: la *Apotheosis* es una refutación de los patripasianos, que afirmaban que fue el Padre quien padeció en la cruz; de los unionitas y sabelianos, que sólo admitían una Persona en la Trinidad;

43. Ps 758-763.

44. Prudencio acude a las metáforas empleadas por Jesús y los primeros cristianos para referirse a los falsos profetas y a los perseguidores (cfr. Mt 7,15; 10,16; Ap 13,11): «Dios enseña a las blancas palomas a distinguir sabiamente y con sagacidad penetrante a la serpiente alada revestida con suave manto de plumas; también el lobo de fauces sangrientas se oculta bajo el suave vellón fingiéndose blanca y pura oveja, para causar terribles matanzas saltando al cuello de los corderos» (Ps 788-793). Al presentar a la herejía había dicho: «La Discordia se había mezclado con nuestros batallones fingiendo la apariencia de aliada. Su manto desgarrado y su látigo guarnecido de numerosas serpientes quedaban lejos (...). Ella mostrando su cabellera coronada de hojas de olivo, responde alegre a los coros jubilosos, pero esconde el puñal debajo de la túnica» (Ps 683-689). La relación de la paz con la paloma de Noé y con el olivo es un tópico literario de Prudencio: cfr. C 3,55; 5,156; P 4,56; 10,357; D 12; 169.

45. Cfr. *Hamartigenia*, Pr 32-64.

de los judíos, que rechazaban el mesianismo la divinidad de Jesucristo; los homuncionitas y ebionitas, que rechazan la divinidad de Jesucristo; los gnósticos que afirman que el alma es una emanación de Dios; los maniqueos, fantasmáticos y docetas, que atribuyen a Cristo un cuerpo sólo aparente. A este conjunto de errores alude la «herejía» en su autopresentación poética cuando entra en escena ⁴⁶.

El veterano poeta y creyente, que escribe en su retiro de Calahorra, conecedor del daño que hacen a la Iglesia las herejías se ha propuesto escribir esa obra de la *Apotheosis*: «*luce (mi alma) contra las herejías, la fe católica descubra*» ⁴⁷. Si no fuera por las herejías, la Iglesia sería, según su bella definición, una «*quieta germanitas*», una fraternidad tranquila y amante de la paz ⁴⁸. A pesar de todo, Prudencio se abre al optimismo y a la afirmación de la unidad de la fe y por tanto de la concordia, que reinan dentro de la Iglesia. Es lo que proclama victoriosa la fe misma:

«Cese el llanto en medio de nuestra próspera victoria. Fue herida la Concordia, pero la Fe ha sido preservada; y aun la misma Concordia, sana y salva, acompañando a la Fe, su hermana, se ríe de sus propias heridas. Esta es mi única salvación y no hay tristeza en mí después que ha sido ella rescatada» ⁴⁹.

La victoria que canta la fe no es la del cristianismo sobre el paganismo, sino la de la concordia intraeclesial frente a la herejía. Concordia, bajo esta acepción, se identifica con fe: la fe que es una y única y mantiene a todos los creyentes en la armonía. Ambas presiden como reinas la unidad del alma y de la Iglesia:

«A esta cumbre suben la Fe sincera y con ella la Concordia, hermanas juramentadas en sagrada alianza por el amor de Cristo. Y pronto esta pareja santa y entre sí unida por el afecto ocupa en la altura esta tribuna con igual derecho de autoridad» ⁵⁰.

46. Cfr. Ps 709-714 transcrito más arriba. Con el «dios menor» parece aludir al arrianismo; con el «dios doble» a Marción; con el «dios uno», al monarquianismo de Fotino; la alusión a lo aéreo y fantástico parece referirse al docetismo; y el alma innata como Dios, al gnosticismo y quizá al priscilianismo, como sugiere M. LAVARENNE, *op. cit.* en nota 18, París 1933, p. 74-75.

47. Pr 39.

48. Refiriéndose a Marción, comenta: «Si él permaneciera sosegado y no despreciara a quien le amonesta, la tranquila fraternidad gustaría la paz» (H Pr 40-41).

49. Ps 799-803.

50. Ps 734-738.

La virtud de la concordia, que ha tomado Prudencio de la axiología cultural de su época, llega en esta personificación al más alto grado de la escala de valores. Pero se trata de la axiología cristiana, porque el fundamento del pacto sagrado que mantiene unidas a la fe y a la concordia, es decir, que asegura la concordia de la fe, es el amor de Cristo. También en este sentido de la concordia está radicalmente presente la dimensión cristológica. El amor a Cristo mantiene a los cristianos unidos en la misma fe. O, quizá mejor, es Cristo mismo con su amor quien los mantiene en la concordia; la victoria de la unidad de la fe es un don del amor de Cristo ⁵¹.

4. Conclusión

El tema literario de la «concordia» y su sinónimo la «paz» en Aurelio Prudencio es una muestra de la actitud de la Iglesia primitiva por evangelizar la cultura. El poeta cristiano de Calahorra, con sabia orientación, que nace del instinto de la fe, realiza los siguientes pasos en el proceso de inculturación del cristianismo:

1º) Tiene sensibilidad para captar un tema de interés y de hondura en la cultura del Imperio Romano, como es la «concordia». Ella es aspiración de los políticos y de los ciudadanos; idea clave para la comprensión del mundo, de la sociedad y del hombre en filósofos antiguos y contemporáneos; inspiración y canto de los poetas. Con pensamientos y palabras de unos y otros, además de las propias, sabe Prudencio declarar y cantar los valores de la concordia.

2º) Consigue expresar, a través de esas categorías que le proporciona la cultura romana, valores fundamentales del Evangelio, sirviéndose de la coincidencia y nexo entre ambos. Así, por ejemplo, aplica a la «pax» las características y la eminencia de la «caritas» paulina. Muestra así la sintonía de lo verdaderamente humano con lo cristiano.

3º) Pero además evangeliza el contenido de la concordia aportándole aspectos y dimensiones específicamente cristianos. Y ello no sólo respecto a

51. Es probable que en la expresión «*Christi sub amore*» resuene la «*caritas Christi*» de Rom 8,35, en la que Pablo ve la razón de su victoria sobre persecuciones, peligros y espada.

«Concordia» y «paz» en Aurelio Prudencio

campos concretos de aplicación, como el de la concordia intraeclesial, alejadas las herejías, sino sobre todo en lo más fundamental: el anuncio de Jesucristo, ya que en cada uno de los aspectos de la concordia explicita o deja entrever la dimensión cristológica. Así la concordia social y política es condición de acogida de Cristo, prepara su venida y es coronada por El, como Señor de la paz. La concordia del alma es victoria sobre los vicios conseguida por la fuerza de Cristo; El preside la armonía del alma pacificada; el misterio de su persona se convierte en paradigma de la unidad interior. La concordia fraterna es la ofrenda que más le agrada. Y la concordia intraeclesial en la unidad de la misma fe es el fruto del amor de Cristo.

Prudencio es testigo, en el tema literario de la «concordia», del esfuerzo de inculturación de la Iglesia en los siglos IV y V. Su inserción en el ambiente cultural y social de su tiempo se lo facilitaba. A la vez muestra el modo como los cristianos orientaron la evangelización de la cultura, descubriendo su potencialidad y aportándole la plenitud de Jesucristo.

José Luis Moreno
Seminario Diocesano
Avda. de la Paz 114
E-26006 Logroño